

lores. A cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita, mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de uno de esos hombres ágiles y cetrinos que se encaraman hasta los altos picachos donde anidan los rocs para arrebatárles las baretas del cinamomo con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Muhadi y se detuvo.

—Cincuenta dinhares—gritaba el mercader.

— ¡Ladrón! — murmuró el Muhadi — ¡Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día! Pero, en fin, ya que no tus razones, me convencen tus mercancías. Y cogiendo un puñado de tierra, añadió:

— Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Muhadi.

Aischa e Ibrahím se alejaron, y después de avisar a los suyos, se trasladaron a la hospedería indicada por el Muhadi, donde pagaron, a precio de oro, una habitación estrecha y lóbrega.



X

AISCHA no perdió de vista al Muhadi. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones a través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche en el patio del fondak oyó que el Muhadi decía a uno de sus servidores:

— Id preparando la partida... Arreglad en los cofres los presentes que llevo a Zahara, la favorita de mi corazón.

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabalar el Muhadi, le dijo a éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello y noble animal:

— ¡Buena cabalgadura! ¡Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto! ¡Qué cuello! ¡Qué orejas y qué remos tan finos! Bendeciréis a Dios por haberos dado un animal semejante...

— ¡Ya lo creo! — respondió complaciente Muhadi, halagado en su vanidad —. Además, esta yegua tiene una historia que va unida a la de mi vida.

En cierta ocasión — añadió confidencialmente — marchaba yo al frente de una larga caravana que conducía perlas de Awal, cinamomo, benjuí, ámbar, oro, plata y mirra; en fin todas las riquezas fabulosas de Samarcanda, Hadramut y la India, cuando en unos desfiladeros nos atacaron unos beduinos. Mis gentes huyeron al primer encuentro, y sólo yo, al frente de algunos fieles, intenté resistir. Mandaba a los beduinos un mancebo arrogantisimo que apenas me vió se vino hacia mí a toda brida, lanza en ristre. Yo levanté en alto mi corcel, y haciéndole girar sobre las patas, evité ágilmente el golpe. La lanza pasó rozando las cinchas.

Me volví rapidísimo y de un golpe certero atravesé a mi contrario.

Todos se detuvieron un instante para socorrer al herido, y viéndome solo, aproveché esta confusión para escapar a rienda suelta.

Después de varias vicisitudes, busqué amparo en un aduar; pero el dueño de la tienda que me dió asilo, era el padre del mancebo muerto por mi mano.

Llegaron los compañeros de éste y entregaron al padre el cuerpo de su hijo. Me reco-

nocieron y, como es natural, reclamaron mi mi cabeza.

Pero el buen viejo, no sólo no accedió a ello, sino que me dió esta yegua, pues la mía había muerto al llegar al aduar, y él mismo, me acompañó hasta un lugar seguro.

Aischa no pudo reprimirse. Su mano tembló sobre la empuñadura de su alfanje; pero haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, interrogó al Muhadi con la voz aún insegura:

— ¿Y hace mucho tiempo de esto, buen hombre?

— Poco más de un año.

— ¿Y no temes a la familia del muerto?

— Era hijo único, y su padre no había de salvarme la vida para después darme muerte. Mas hablemos de otra cosa. Tú, joven, pareces experto en cuestiones de joyas. Te he visto siempre a mi lado en los bazares, eligiendo perlas y crisólitos, y tus pupilas eran tan expertas en la tasa que jamás los mercaderes se atrevieron a regatear el precio.

Quiero mostrarte las que llevo como regalo a mi favorita.

Desde entonces fueron amigos inseparables. Muhadi le consultaba en sus compras y Aischa se complacía en elegirle los perfumes más ricos y las piedras más puras.

El día antes de la partida, dijo Muhadi:

— ¿Por qué no hacemos el viaje juntos? Te

detendrías en mi aduar y celebraríamos fiestas en tu honor.

— Acepto gustoso tu ofrecimiento — respondió Aischa.

Y al día siguiente se pusieron en marcha.

Los peregrinos regresaban a sus hogares alegres de haber cumplido sus votos. Los turbantes verdes fingían una primavera tardía en los senderos escuetos.

El Muhadi llevaba en su compañía treinta jinetes y casi el mismo número de criados.

Las gentes de Aischa no pasaban de cincuenta. Esta caminaba conversando afablemente con su amigo; pero muchas veces sus ojos ardían como si todos los relámpagos de una tormenta pasasen por ellos, y sus manos tenían que hacer esfuerzos inauditos para no desnudar el acero.

Pero no; su venganza sería más noble, cara a cara, en el campo abierto.

Llegaban ya casi al término de su viaje.

Habían caminado toda una jornada por un terreno árido y la sed abrasaba todas las gargantas.

Sus hombres y los del Muhadi avanzaban fatigados pidiendo a Dios, a grandes voces, el amparo de una fuente.

De pronto, al descender una colina arenosa, se hallaron ante una cisterna. El cubo de hierro pendía de la cadena, como invitando a be-

ber al peregrino y tres palmeras se alzaban majestuosamente ofreciendo el reposo de sus anchas sombras.

Unos y otros se precipitaron hacia la cisterna, y por querer todos ser los primeros, vinieron a las manos, propinándose algunos palos y hasta saliendo a relucir los aceros.

Ibrahím, como a una señal convenida arremetió con su lanza al criado favorito del Muhadi y le atravesó de parte a parte. El combate se generalizó. Los dos bandos se abrieron en ala, acometiéndose rabiosamente.

Entonces Aischa, aproximando su yegua a la del Muhadi, le dijo a éste:

— Nuestras gentes pelean y se matan por una cosa baladí. Nosotros en cambio, tenemos cuentas grandes que saldar. ¿Te acuerdas de Muhamed el Assadi, a quien atravesaste con tu lanza? ¿Recuerdas las palabras que momentos antes de que partieras de la tienda del viejo Almanzur murmuró una sombra a tu oído? El momento ha llegado... Defiéndete... ¡Venganza del Assadi!

Al ver que sus señores iban a luchar, los dos bandos se detuvieron, inmóviles, alzados sobre los estribos; y hasta los heridos, tendidos en la arena, alzaron sus cabezas ensangrentadas para presenciar el combate.

El Muhadi, presintiendo la agilidad y la

fuerza de su adversario, se decidió a darle un golpe maestro.

Picó espuelas, tendió la lanza y en línea recta como una flecha, partió hacia Aischa.

Esta hizo girar su corcel, y sin tiempo para que el Muhadi se detuviera, le dejó pasar, atravesándole el corazón de un lanzazo.

Los siervos intentaron socorrer a su señor; pero fueron dispersados por las gentes de Aischa, más aguerridas, y sobre todo más preparadas para este encuentro.

El Muhadi se desplomó de su yegua, dejando escapar de sus manos la lanza.

Aischa, entonces, echó pié a tierra, y dirigiéndose velozmente al moribundo, le dijo:

— ¡Dios te ampare, Abul Muhadi!

Así las gentes sabrán y conocerán cómo sabe vengarse la mujer de Muhamed el Assadi!

Y al terminár estas palabras, levantó la espada con ambas manos y de un sólo tajo cercenó el cuello del guerrero.

— Ibrahím — dijo luego a su siervo —, recoje esa cabeza y llénala de alcanfor, y enciérrala en el cofre más rico.

Quiero que vuelvan a sonreír, una vez siquiera, antes de espirar, los labios del viejo Almanzur.

FIN

